

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

AUTORES CÓMICOS
CEFERINO PALENCIA



Quando la fama reclama
su talento extraordinario
él le contesta á la fama:
—Dispensa; soy empresario.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Rencores de ultratumba, por José Estremera.—Las orejas, por Enrique Segovia Rocaberti.—Baturrillo, por *Fray Candil*.—Preparativos, por Juan Pérez Zúñiga.—Égloga, por Sinesio Delgado.—La ciencia, por Luis de Ansorena.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Ceferino Palencia.—Viajes extraordinarios.—Filosofía triste, por Cilla.



DESDE VIGO

Esto se va enfriando, y yo me vuelvo á Madrid en busca de calórico.

Ya con el pie en el estribo viene á visitarme una señora que parece un sable, y me ha visto nacer, según dice, y se acuerda de cuando la chacha me sacaba á paseo con un delantalito color de malva loca y una gorrita de paja con lazos azules.

—Luisiño ¿cuándo te marchas?—me pregunta.

—El lunes—contesto yo.

—Pues vas á hacerme un favor muy grande.

—V. dirá.

—Quiero que lleves un encarguito para un eclesiástico que se llama D. Sergio y vive en la calle del Salitre.

—El caso es que...

—No abulta casi nada. ¡Ay! Te estoy viendo y me parece mentira que seas tú aquél niño tan mono, que iba á paseo en brazos de la Ramona, con los bracitos desnudos y un terciopelito azul atado á la garganta.

—Sí; se me ha desmejorado bastante la fisonomía, pero no voy á poder llevar el encarguito.

—Es poca cosa. Verás: D. Sergio se muere por la merluza, y he prometido enviarle una entera, para que el pobre tenga un momento de placer, porque es muy desgraciado; él, antes de ser cura, tocaba el cornetín, pero se le cayeron los dos dientes de arriba y tuvo que dejar el instrumento porque se le iba el aire; después estuvo para casarse con una preñada, y una tarde se le murió, sin saber cómo; de manera que el hombre, al verse sin embocadura y sin matrimonio... ¡trás! se metió presbítero.

—Todo eso está muy bien; pero ¿cómo llevo yo la merluza?

—La llevas á la mano, envuelta en un periódico, y dices á D. Sergio que en cuanto la reciba la corte la cabeza.

—¡Pobrecita!

—Para evitar la putrefacción. Cuando llegue la noche la cuelgas por la parte de afuera del wagón y de cuando en cuando la sacudes para que se ventile.

El caso es que no voy á tener más remedio que llevar la merluza; porque ¿cómo desairo yo á una señora que me ha visto nacer y hace justicia á mis dotes personales?

Después de la señora, me para en la calle un anciano, medio cojo, para decirme:

—No me conoce V., ¿verdad?

—No, señor.

—Pues yo he sido compañero de oficina de su tío Baldomero.

—¡Dios le haya perdonado!

—¡Pobre! Se murió en lo mejor de su edad y cuando iba á entrar en Sales.

—¿Le iban á salar?

—No, señor; iban á darle un destino en las salinas de Torrevieja.

—¡Ah!

—Era muy bromista y muy amigo de sus amigos. Esto de la pierna es cosa de él.

—¿De qué pierna?

—¿No ha notado V. que cojeo un poco? Pues fué Baldomero quien me la puso así.

—¿De una patada?

—De un mordisco; siempre andaba haciendo el perro; y una noche, para darme un susto, me clavó los dientes en esta canilla. Yo, como conocía su carácter, no me asusté, pero los médicos se escamaron y le tuvieron en observación ocho días, atado con una cadena y dándole de comer desde lejos con una caña, por si acaso tenía la hidrofobia.

—¡Pobre tío!

—¿Conque se marcha V. á Madrid?

—Sí, señor; el lunes.

—Pues va V. á hacerme un obsequio. Quiero que visite V. á D. José Rodríguez. Usted ya le conoce.

—No, señor.

—¡Hombre! ¿No conoce V. á D. José Rodríguez!

—Le digo á V. que no.

—¡Parece mentira! Es uno alto, moreno, con bigote largo, que tiene un bulto en el carrillo á mano derecha, y parece algo corto de vista, pero no lo es. Yo no sé dónde vive, pero cualquiera le da á V. razón. ¿Quién no conoce allí á José Rodríguez? Usted le hace una visita de mi parte y al propio tiempo le entrega mi encarguito.

—¡Caramba!

—Es una guitarra que quiero que me compongan, porque á mi hija le gusta tocar y se la ha roto la parte de abajo...

Me resisto cuanto puedo; pero el compañero de mi tío, con una insistencia digna de mejor causa, consigue vencer mi oposición y me hace cargar con el instrumento.

Después viene á visitarme un amigo de la niñez, que parece una regadera cuando habla.

—No quiero que te vayas sin darte un abrazo—me dice con acento conmovido.

—Mil gracias.

—¡Sabe Dios cuándo nos volveremos á ver!

Al decir esto, acerca su cara á la mía y me humedece el cutis con las emanaciones puras de su aliento.

Yo me limpio y él continúa:

—Y como eres mi amigo, no tengo reparo en confiarte una delicada comisión.

—¿Cuál?

—Yo tengo un sobrino completamente huérfano, y voy á ver si lo remito á Madrid para que le cuide mi hermana la viuda. Entre tirarlo á la calle ó entregárselo á un amigo, prefiero lo segundo.

—¿Qué edad tiene?

—Seis meses. Tú te lo llevas, y en llegando á Madrid se lo das á un mozo para que lo conduzca á casa de mi hermana.

—Pero...

—Para que no te estorbe en el viaje, le pones en la rejilla del wagón, y si llora que lllore. Ya está acostumbrado: te daré un biberón para que le nutras de cuando en cuando, y si ves que no se calla le metes en la boca cualquier objeto duro: mientras chupa no se acuerda de llorar. Yo le había acostumbrado á chupar el cuello de una botella y el pobrecito se hacía la ilusión de que era el pecho de la nodriza.

Hay personas que no parece sino que están inventando la manera de molestar á los amigos, y no se meten una sola vez en la cama sin decir maliciosamente:

—¿A quién le daría yo una lata buena?

Pensando, pensando, recuerdan, *verbi-gratia*, que yo me marchó á Madrid dentro de unos días.

—¡Hombre! ¡Qué buena ocasión!—exclaman.—Ya tengo una víctima.

Y uno viene á decirme si puedo llevarle un sombrero de copa para que le alarguen el ala, otro me suplica que le busque en Madrid una ama de cría de confianza, y otro me entrega un reloj de pared y pretende que lo lleve en la mano para que no se pare, diciéndome con la mayor formalidad:

—Si notas que se adelanta, tócale ligeramente en este

ganchito, y ten mucho cuidado, porque es un recuerdo de familia y quiero enviárselo á mis tíos para que lo cuiden.

En vista de estos y otros inconvenientes, pienso huir de riguroso incógnito, y he hecho correr la voz de que me quedo á vivir en Vigo, á fin de evitar quebraderos de cabeza.

Y cuando más descuidada esté la gente... ¡á Madrid me vuelvo!

LUIS TABOADA.

RENCORES DE ULTRATUMBA

Era el señor don Amós piadoso y caritativo, muy honrado y compasivo y temeroso de Dios.

Como fundaba su encanto en hacer doquiera el bien, no había en el mundo quien no le tuviera por santo.

Con raro desprendimiento gastó todo su caudal en fundar un hospital y en dar limosnas sin cuento.

Pero el santo ha menester en la tierra algún suplicio, y en vez de tener cilicio don Amós tuvo mujer.

Para su constante pena, era la tal Sebastiana el demonio en carne humana sin cualidad ni obra buena.

Pendenciera, jugadora, desvergonzada, indiscreta, despilfarrada, coqueta, chulapa y murmuradora.

Al principio, don Amós, creyó que era su destino atraerla al buen camino y bienquistarla con Dios.

Y cariñoso y paciente, á costa de su salud, la mostraba la virtud; mas fué todo inútilmente.

Siguió con gran insistencia; mas como inútil lo vió, Sebastiana al cabo dió al traste con su paciencia.

El halló dulce consuelo llegando al fin á creer que aquella horrible mujer era un castigo del cielo.

Y dijo con humildad lleno del divino amor: —Yo soy tu esclavo, Señor, hágase tu voluntad.

Mas con toda su piadosa mansedumbre, no podía dominar la antipatía que le inspiraba su esposa.

Y era su constante anhelo morir para descansar, pues ya debió de ganar un rincón del cielo.

Al cabo, después de tanta disensión, á la señora le llegó la última hora y murió como una santa.

Y al saberlo su marido exclamó furioso ya:

—¡Ahora resulta que irá al cielo! ¡Pues me he lucido!

Y el cuitado á última hora se dedicó al mal vivir, solamente por no ir al cielo con su señora.

JOSÉ ESTREMER.

LAS OREJAS

(TRAGEDIA CÓMICA Ó COMEDIA TRÁGICA)

I

Bien quiere Rosa á Perico, y muy bien se lo demuestra prefiriéndole, aunque pobre, á un ricachón de la aldea con doce pares de mulas, monte, olivares y tierras. Los padres de Rosa, tercós, á que se case se niegan con Perico, que no tiene ni propiedades ni rentas. Mas si son tercós los padres, la chica también es terca y juró ser de Perico ó ir á la tumba soltera. Burlando la vigilancia de aquellos que el sér la dieran, Rosa tiene con su novio entrevistas á la reja, ella en la parte de dentro, él por la parte de afuera, diciéndose mil sandeces de las que llaman ternezas, y trocando juramentos de fidelidad eterna. Perico tiene en su amada adoración verdadera, y en verdad que se merece cualquier cosa la doncella, porque *como guapa, es guapa*, y además de guapa, buena. —Pídeme algún sacrificio; pon, Rosa, mi amor á prueba— exclama Pedro, anhelando que le exija una proeza. —¿Qué darías por mi mano? le pregunta, á su vez, ella; y el sin vacilar responde: —Cualquier cosa... ¡las orejas!

II

La conversación se anima y aquel duo sin orquesta, no acaba en terceto gracias á los hierros de la reja. ¡Hierros importunos! Rígidos, levantan una barrera entre el galán exigente y su blanda Dulcinea. La diestra febril de Pedro el talle de Rosa estrecha, mientras la izquierda aprisiona y oprime las dos de aquella, que por menudas y blancas parecen dos azucenas. El amor, como es sabido, jamás se harta de exigencias, y el amor que exalta á Pedro es un amor de primera. Las barras no le contienen, porque el que quiere de veras jamás se ha parado en barras para acercarse á su prenda. Eso le pasa á Perico, cuyo pecho es una hoguera; y en un rapto de locura, ensangrentando la reja, coló el cráneo por el hueco de dos barras paralelas. Con el placer de aquel triunfo no pensó en las consecuencias; pero ¡ay! al romper el alba y despertarse la aldea, imposible desprenderse, preso allí por la cabeza; hinchadas por los esfuerzos y dobladas las orejas, ofrecían recio obstáculo para abandonar la reja.

¡Qué lamentos los de Rosa! La campana de la iglesia tocando ya á misa de alba alborotaba parlera y comenzaban á abrirse las ventanas y las puertas. —¡Estoy deshonrada!—Rosa murmuraba medio muerta, temerosa del ridículo que al amanecer la espera. Oyéndola Pedro, tuvo una inspiración suprema, y sacando su navaja exclamó ronco:—¿Recuerdas la promesa que te hice? Pues bien ¡cumpla mi promesa!— Y sin dar tiempo á su novia para que se lo impidiera, de dos tajos, de dos cortes se rebanó las orejas. Rosa huyó aterrorizada, y de un accidente presa cayó en medio de su cuarto con rigidez cadavérica,

mientras Perico, ya libre de aquella tortura férrea, dejaba un rastro de sangre por las calles de la aldea.

III

La heroicidad de Perico quedó en el misterio envuelta, y nadie tuvo del lance ni de la causa sospecha. Pero, después de curado, tras largas convalecencias, al presentarse ante Rosa para exigir de la bella el premio de acción tan noble, tan noble como cruenta, lanzando la novia un grito se alejó de su presencia, pues desorejado hacía una figura muy fea.

¡Y á los dos meses del hecho iba la noza á la iglesia con el de los doce pares, trece con el par de orejas!

E. SEGOVIA ROCABERTI.

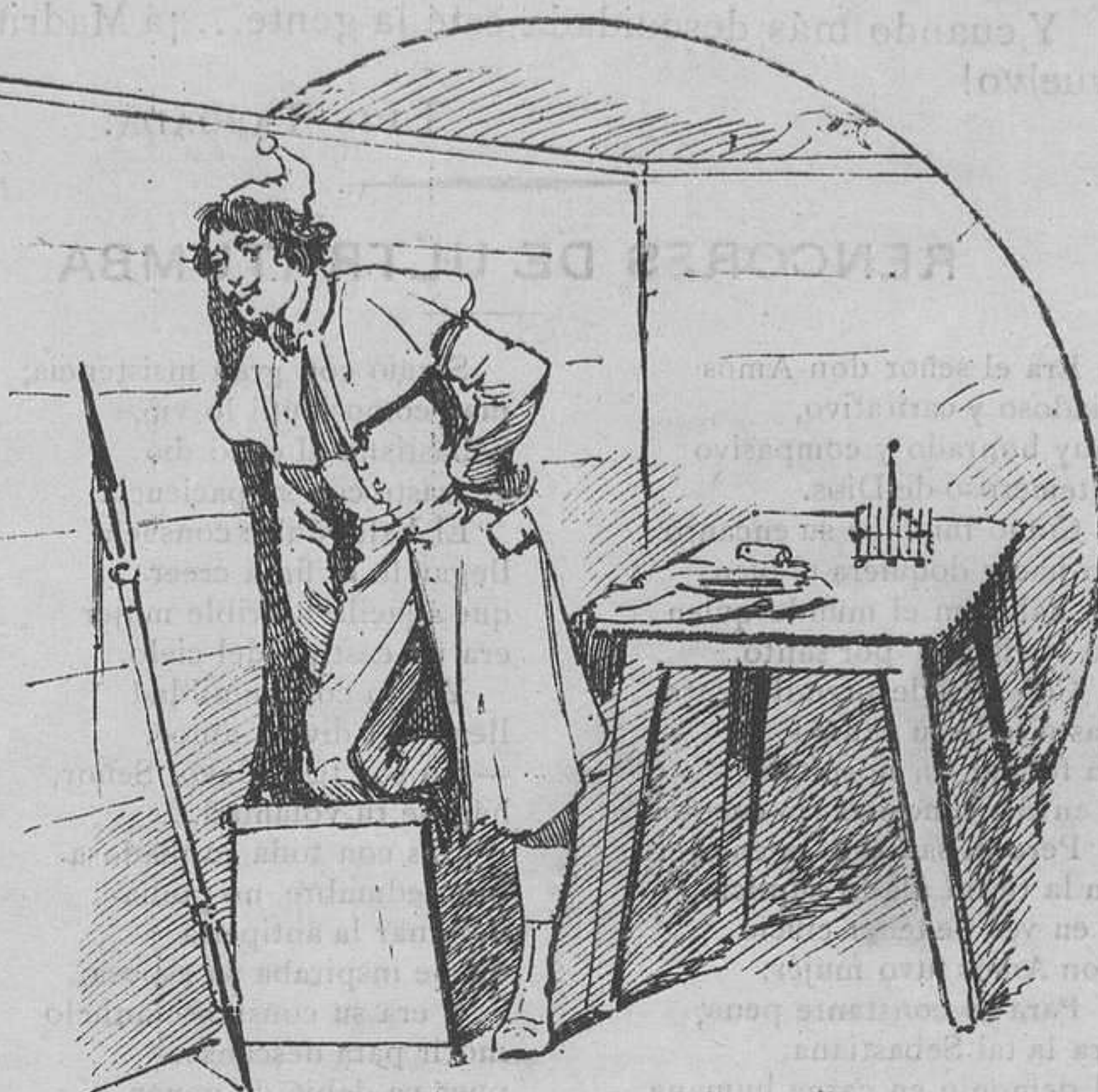
BATURRILLO

—¡Mi querido D. Tomás!—¡Mi querido Fray Candill!—¿Dónde se mete usted que no se le ve por ninguna parte?—Pues en casa. ¿Adónde va usted á ir? ¿A los teatros por horas? ¡Buenos están los teatros! Razón que le sobra tiene Cañete en combatirlos con tanta acrimonia. ¿Cree V. que eso es teatro, que esos son actores?—Al menos así se llaman.—En punto á malos poetas y á peores cómicos, estamos todavía como en tiempo de *Figaro*. *Yo quiero ser cómico*, es una sátira que parece escrita en nuestros días. Claro que hay honrosas excepciones y que no todos los actores, aunque sí casi todos, son dignos del fuego eterno. Es cosa de ver la facilidad con que un traspunte se eleva, de la noche á la mañana, á la categoría de actor, y una corista, medio afónica, á la categoría de tiple.—Hombre, si la corista tiene buenas formas (y las buenas formas lo son todo), no veo el por qué no ha de ser tiple, si en ello se empeña. El público, desengañese V., está por las piernas. Usted toma demasiado por lo serio este negocio.—Es preciso estar muy clorótico para no indignarse con lo que pasa en nuestros teatros. Un López; un Fernández...—como quien dice, un Lope, un Calderón,—garrapatea una zarzuela y se queda tan fresco. Verdad es que la culpa no la tienen ellos. La tiene el público, que ha perdido por completo el sentido estético. ¿Cree V. que si este público no tuviese el gusto tan depravado aplaudiría adefesios como los que nos dan de diario?—En eso sí tiene V. razón, y en lo demás también, pero en eso sobre todo.—Para que se convenza V. de cómo anda el arte en España, baste decirle que hay quien está *instruyendo* un drama ó una zarzuela, no lo sé á punto fijo, sobre el proceso de la calle de Fuenarral.—Vamos, una zarzuela criminal, como quien dice. Tendrá que ver. —Como que hay escenas del tenor siguiente: con motivo de los dos pelos, el uno rubio y el otro negro, hallados en la comida del perro de la víctima, el juez manda prender é incomunicar á todos los barberos del barrio, á fin de que declaren de quién son esos pelos.—Pues la cosa tiene pelos, digo gracia, y parece ser una sátira.—¡Sátira! ¿Si pensará V. que saben ellos lo que es sátira? ¿Y qué otras circunstancias agravantes concurren... en ese delito cómico-lírico ó lo que sea? ¡Por Dios, hombre, por Dios! Usted todo lo echa á broma.—¿Si querrá V. que me eche á la calle, trabuco en mano, á la usanza carlista á matar autores? porque lo que es otro medio...—No tan calvo; pero V., que escribe, y que no tiene pelos en la lengua, debía batanear las costillas á tanto literatuelo sin enjundia como anda por ahí.—¿Yo? ¡No en mis días, mi querido D. Tomás! ¿Qué saco yo con eso? Arriesgarme á que me pongan de vuelta y media ó á que me den un leñazo á hurta cordel al doblar de una esquina. La crítica no sirve para nada, he venido á convencerme, aunque tarde, con harto dolor mío. Es preferible cualquier otro oficio al de crítico. Larra renegaba de serlo. Revilla punto menos, y *Clarín* se va cansando. Que cada cual haga lo que le venga en voluntad, y Cristo con todos. Así como así yo no he de remediar nada. Por otra parte, los autores chirles se crecen á la crítica, como los toros al castigo. Si antes vomitaban mil disparates por minuto, ahora, con tal de dar al crítico en la cabeza, porque eso sí, á testarudos no hay quien les gane, vomitarán cien mil. Na da, mi candoroso D. Tomás: hay que imitar al protagonista de aquella famosa novela de Voltaire: retirarse á un cortijo en compañía de una Cunegunda menos averiada que la de Cándido, comer azamboas y alfonsigos, ó lo que haga sus veces, ó hacer aquella vida solitaria que anhelaba uno de los Luises.—Con semejante criterio, bueno andaría el mundo.—Puede que no anduviese tan

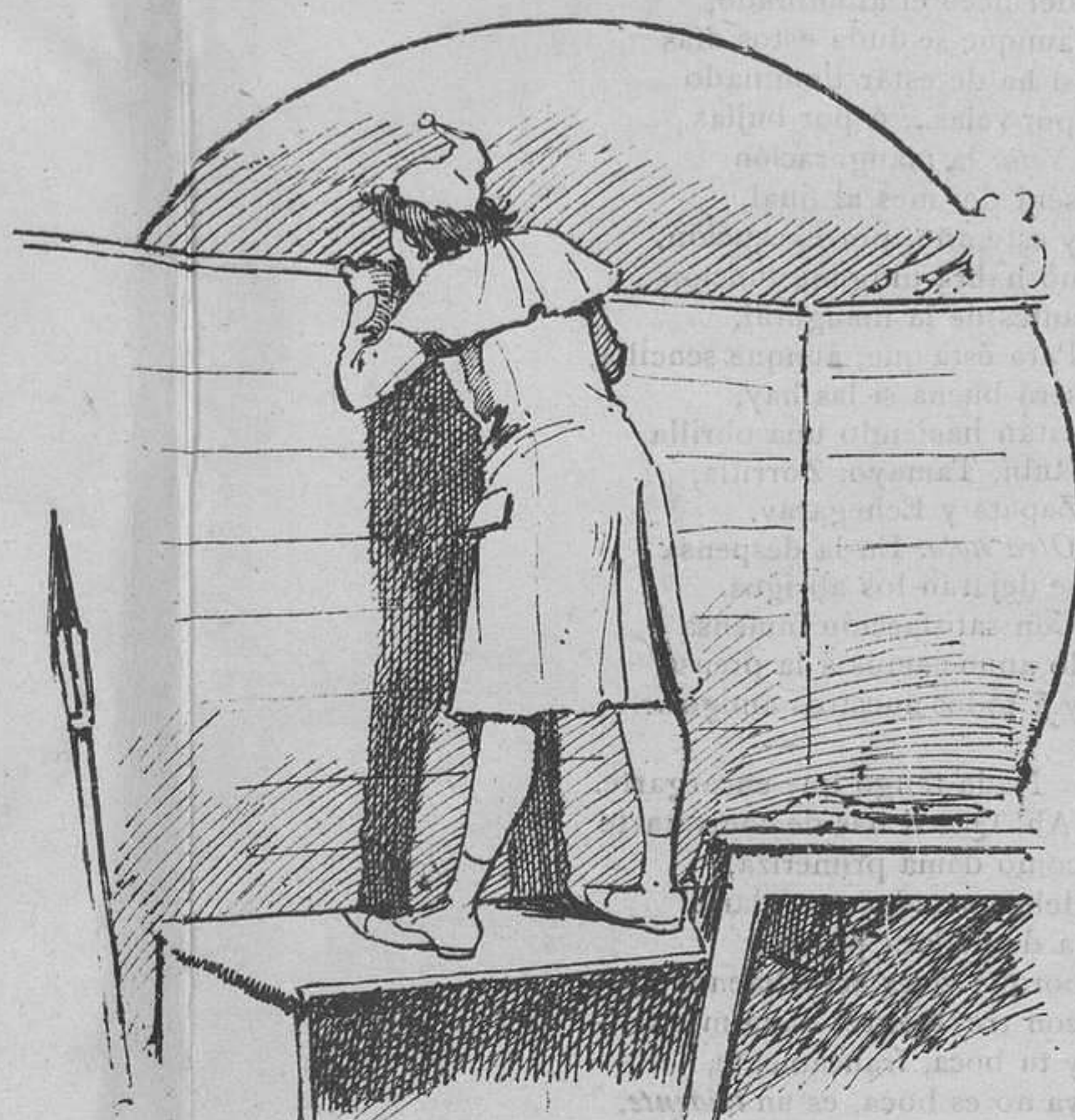
VIAJES EXTRAORDINARIOS



Dos días después, á la una de la tarde, ya estaba yo tomando unas pescaiyas y esperando la salida del vapor *Iberia*.



En el cuarto de al lado se divertían de firme.



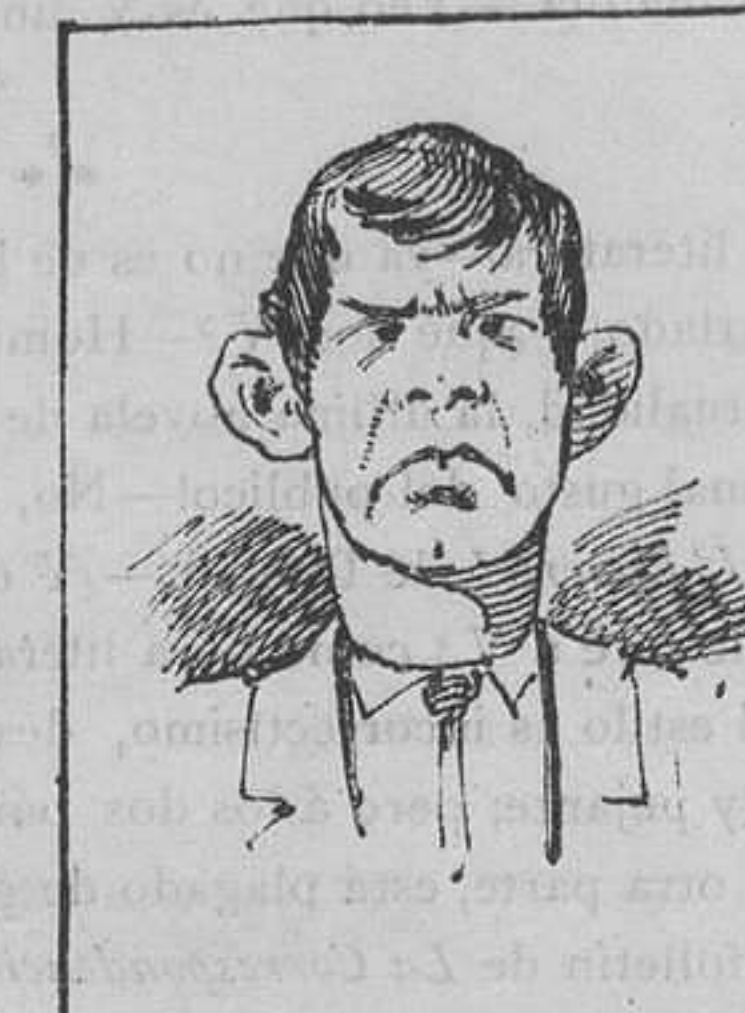
¡Indudablemente se divertían de firme! Como que estaban allí:



Casilda, el número uno de las coristas andaluzas, recién contratada para Montevideo.



El gachó que la hablaba por entonces,



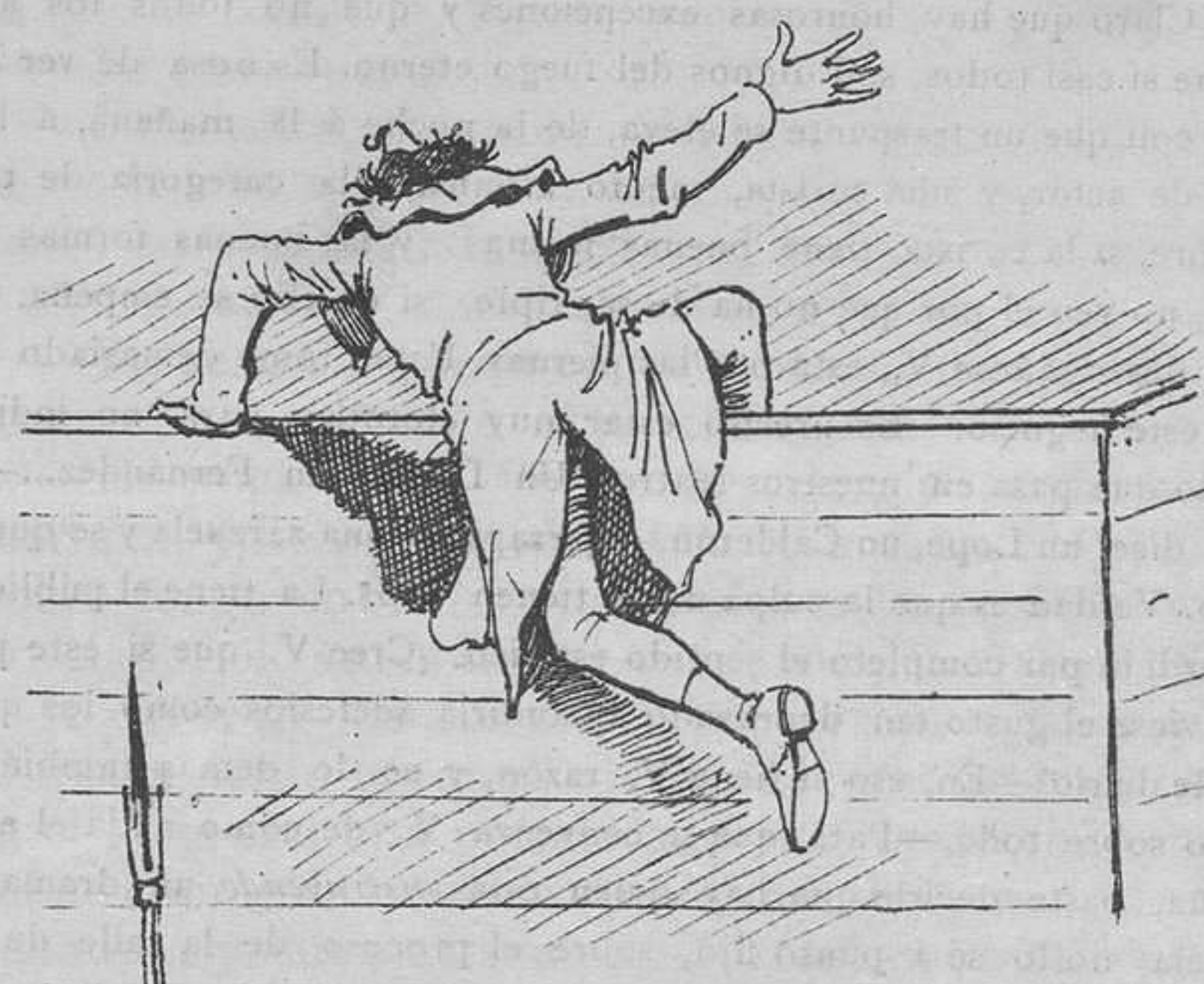
Un amigo del gachó,



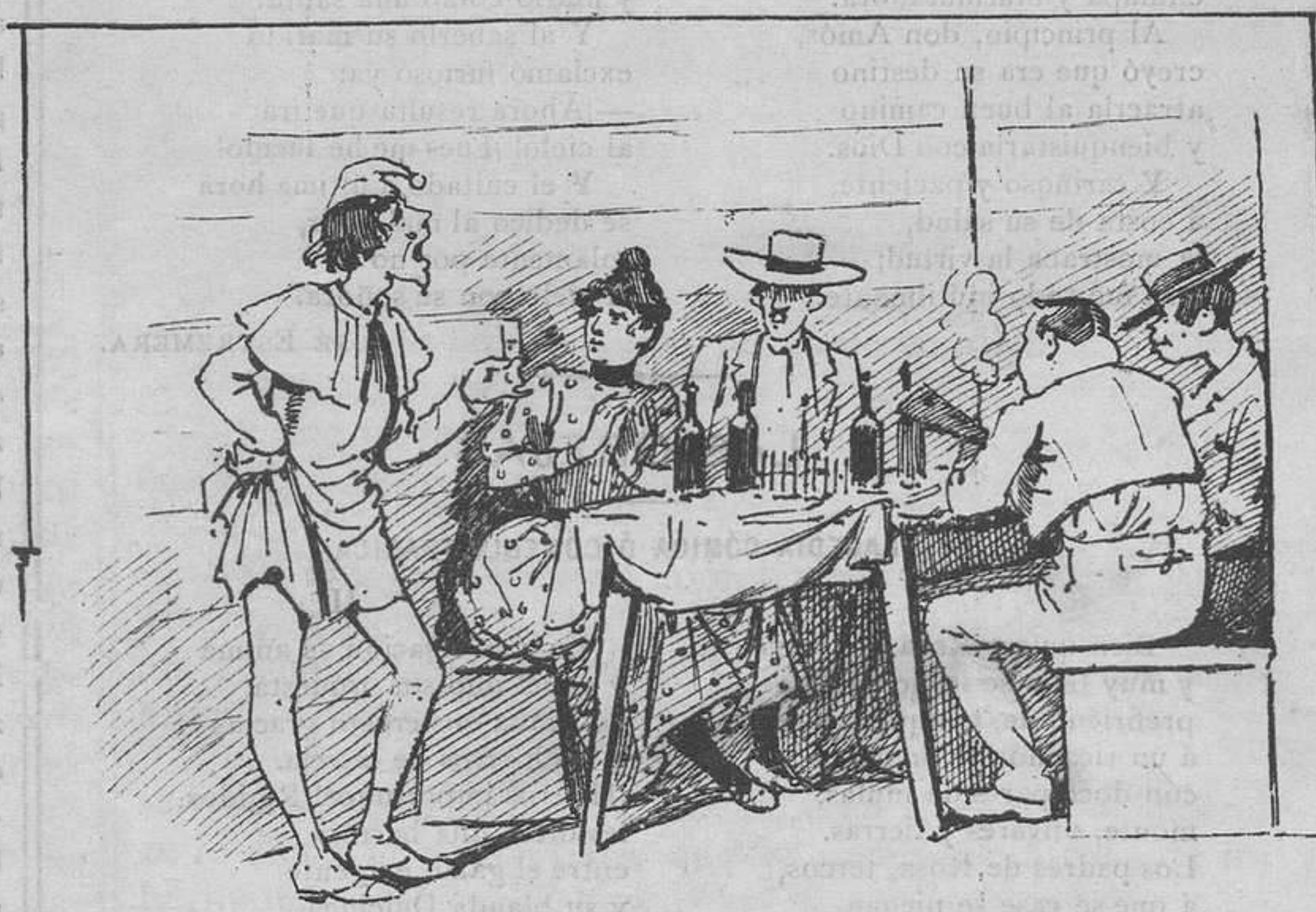
Pepe el *Tarumba*, tocao de guitarra de lo mejorcito de la tierra,



Y el *Mirlo*, cantao de cosas tristes que ponía el grito donde Cristo dió las tres voces.



Como todos eran antiguos amigos, aunque no está bien que yo se lo participe á VV...



tuve que alternar.



A los cinco minutos ya me había yo tomado libertades con la Casilda. ¡Soy terrible!



Por lo cual se me encampanó el otro.



Y fué el amigo y me pegó una bofetada que me dejó seco.



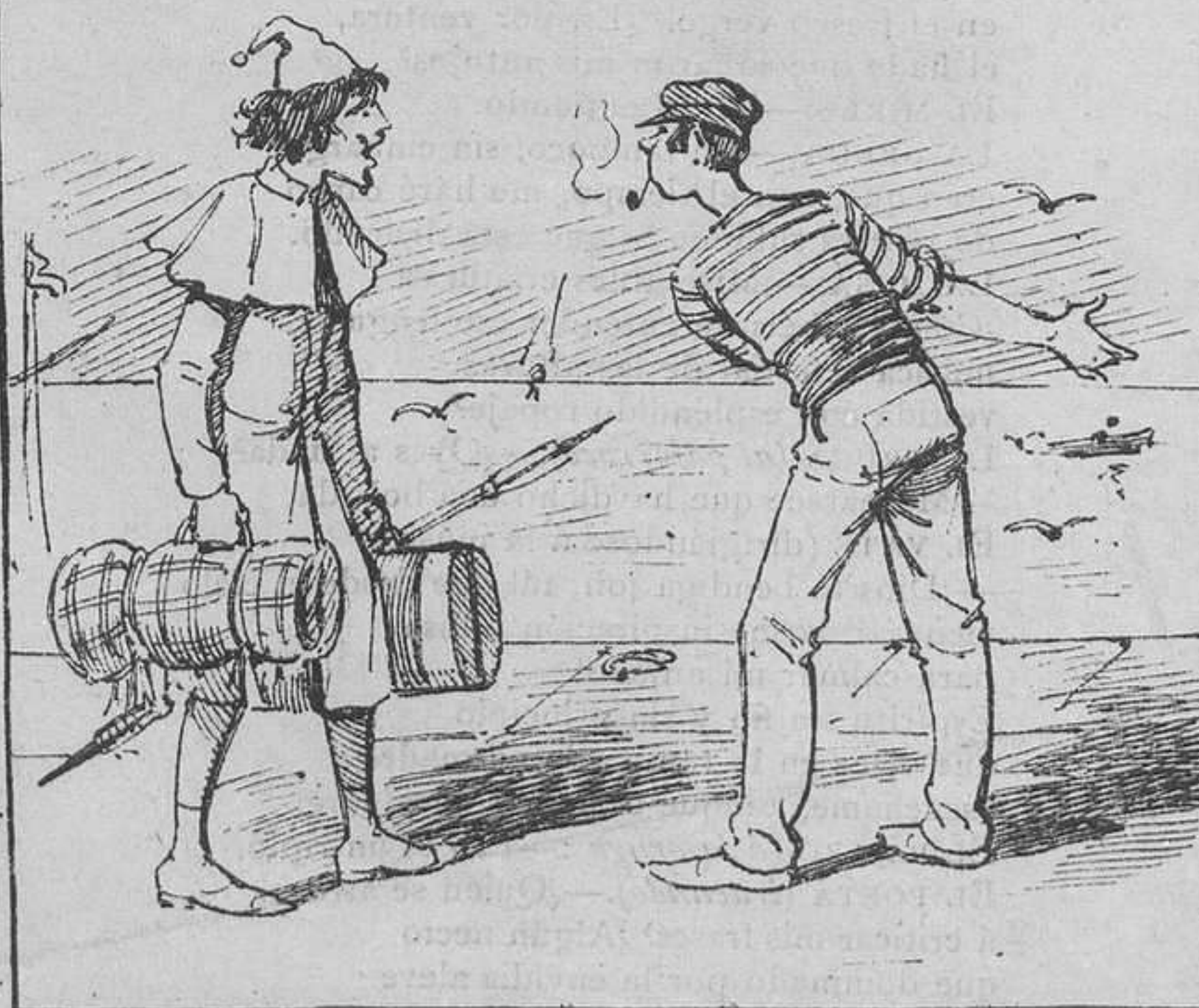
Quando volví en sí, como decía el clásico, todos habían desaparecido.



¡Y sin pagar la cuenta!



¡Santo Dios! no faltaban más que cinco minutos para la salida del vapor.



—Señorito, ¿un bote?
—Sí; vamos al vapor *Iberia* que debe salir para Tanger



—¡Anda, salero! El *Iberia* es aquel que se marcha.

mal; pero doblemos la hoja, que todas estas filosofías optimistas y pesimistas del mundo siempre me han parecido ociosas. ¡Cuántos hay que son felices entre los cafres y en la indigencia casi! ¡Cuántos que se juzgan desgraciados entre las gentes más cultas y las alegres pompas de la riqueza! Para mí, tanta razón tiene Baudelaire cuando maldice de la vida, como Valera—ese Dr. Panglós traducido—cuando afirma que el mundo es más hermoso cada día.—Veo que es V. un excéptico.—Cuestión de temperamento.

—Y de literatura—ya que no es de literatura, ni por pienso, de lo que hemos charlado,—¿qué lee V.?—Hombre; he leído en estos días, por ser cosa de actualidad, la última novela de López Bago, *El Preso*.—¡Y habla usted del mal gusto del público!—No, es que he leído también *Miau*, de Galdós, y *L'Inmortal*, de Daudet.—¿Y qué le parece á V. *El Preso*?—Le diré á V., le diré á V.: como obra literaria, muy mala.—Me gusta la franqueza.—El estilo es incorrectísimo, desigual, amazacotado, á trechos corre limpio y pujante; pero á los dos párrafos se enturbia, se enmaraña y decae. Por otra parte, está plagado de galicismos y de solecismos, que casi casi es un folletín de *La Correspondencia*. El argumento está atropelladamente desenvuelto. A veces deja de ser novela y se convierte en disertación patológica más propia de una revista científica que de una obra de esa índole. Desde el punto de vista social, creo que no carece de interés. Si todo eso que cuenta el novelista de las purulencias que hierven en nuestro primer establecimiento penitenciario es cierto,—que lo será, porque en este país... hay que convenir en que la cárcel es un *modelo* de iniquidad.—Con lo cual no me dice V. nada nuevo.—Crea V. que produce bascas la pintura, que, dicho sea en justicia, tiene tonos calientes y sanguíneos, de la sala de *transitorios*; nombre con el cual, como claramente se ve, se designa á los presos de tránsito, á los que andan de ceca en meca, como si dijéramos. Aquello es un hervidero de los fétidos olores de la carne podrida en la crápula; allí el nefandismo aulla con los aullidos del lobo famélico; amor solitario se retuerce en la sombra, lívido y convulso, como el remordimiento; allí todas las enfermedades originadas por la humedad, por la caliginosa atmósfera de las respiraciones confundidas, exhalan su vaho mefítico y contagioso; allí la confidencia de los más espantosos delitos se vocea con un cinismo repugnante; en una palabra, aquello parece ser el laboratorio de todo lo inmundo.—Edificante cuadro.—Produce tristeza, porque es verdad, la vuelta de aquel pobre Juan Ruíz de sus excursiones carcelarias. Entró honrado y bueno, y salió corrompido, insensible á todo lo noble, enfermo y aniquilado. La *Cárcel-Modelo* no es un establecimiento de corrección—¡qué ha de ser!—es un á modo de necrocomio sobre cuyo mármol de disección se hace la autopsia de los cadáveres morales, ya putrefactos.—Cloruro, amigo, cloruro. En vista de eso y de la denuncia de la prensa, en estos días, de los abusos en el régimen penitenciario, el Gobierno debía tomar cartas en el asunto y corregir esas inmundicias vergonzosas.—Sí, debía. ¡Bueno está el Gobierno!—Entonces, amigo, que *Dios nos asista*, como decía el confitero del cuento de Larra.

Y hablando de otra cosa. ¡Qué hermoso discurso el que ha pronunciado Echegaray en Pontevedra con ocasión de los juegos florales! Es un asca de colores. A par de gran poeta, con todos sus desaciertos, es Echegaray un orador de palabra brillante y abundosa. Hay en ese elocuentísimo discurso—que sería mejor si no se llamase en él eminente poeta á Balaguer—párrafos tan soberbios como aquél en que compara al guerrero de la Edad Media con la locomotora. Es un párrafo en que se oyen ruidos de máquina de vapor á toda llave que se soterra en un túnel y en que se ven chispeos de cascada herida por el sol.

¡Cuánto no daría Cánovas—ese desierto de Sahara literario—por fantasear, media hora siquiera, como el insigne poeta de *El gran Galeoto!*

FRAY CANDIL.

PREPARATIVOS

Carta que á María Tuero manda desde el Sardinero su esposo, que es empresario de un teatrillo casero de la calle del Calvario.

Cara esposa: habrás notado que el tiempo ya ha refrescado y el otoño se aproxima. ¡Está tan mal educado que se nos ha echado encima! Ya puedes tú presumir

lo que te quiero decir: que no hay que aguardar á Enero para pensar en abrir nuestro teatro casero. Hace ya dos ó tres días, en casa de don Matías, donde leo con afán la prensa, he visto que están formadas las compañías; que empezarán los estrenos sin que acaben los calores, y que habrá cuadros muy buenos

de cantantes y de actores; ¡conque... no hemos de ser menos! Manda, pues, al escribiente que copie el cartel siguiente, y pégalo en la escalera si no tiene inconveniente su majestad la portera:

«*Liceo Piramidal.*

Temporada teatral desde Septiembre hasta Abril.

Calvario, dos, principal.

Teléfono veintemil.

Compañía: *Director:* don Baltasar Buenhumor.

Primeras actrices: Luz

Bellido y Luisa Pas.or.

(Que me las pongan en cruz).

Característica: Blasa

Martínez de Cinoglosa.

Dama joven: Pura Guasa;

y, por último, *graciosa,*

la señora de la casa.

Primer galán: Pedro Autrán.

Segundo: Pedro Macario.

Gracioso: Pedro Beltrán.

Galán joven: Pedro Adán;

y *barba:* Pedro Medario.»

(Ojo.—Dile al escribiente

que cambie el nombre á e ta gente,

porque tanto Pedro hastía

y dirán que esto es realmente

un cartel de *pedrería.*)

«*Maestro concertador:*

El padre de la Belli to.

Peluquero: el Director;

y *apuntador,* el marido

(según él) de la Pastor.

Será el salón adornado

con elegantes trofeos,

obra que se le ha encargado

nada menos que á un honrado

fabricante de fideos.

Habrán piezas musicales,

gracias á que un tal Morales presta su piano excelente desinteresadamente por quince duros mensuales. Será también reformado del liceo el alumbrado, aunque se duda estos días si ha de estar iluminado por velas... ó por bujías.

Nota: la inauguración será del mes al final, y este año, por excepción, no habrá ninguna función antes de la inaugural. Para ésta que, aunque sencilla, será buena si las hay, están haciendo una obrilla Rubí, Tamayo, Zorrilla, Zapata y Echegaray. *Otra nota:* En la despensa se dejarán los abrigos. Con satisfacción inmensa lo anunciamos á la prensa y á todos nuestros amigos.»

Nada tengo que encargarte.

¡Ah! Que si has de contratarte

como dama primeriza,

debes mandar arreglarte

la dentadura postiza;

porque vives actualmente

con tres dientes nada más,

y tu boca, francamente,

ya no es boca, es un *tridente,*

de esos que usa Satanás.

Conque, adiós Me da alegría

ver que está cercano el día

en que hemos de reanudar

nuestras funciones, Maríal

Tuyo siempre,

Baltasar.

Por la copia,

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

ÉGLOGA

Personajes: UN MIRLO en la espesura;

UNA ORUGA que esconde su figura

en la hojita que muerde;

LA MUSA vaporosa, allá en la altura,

y UN POETA tendido sobre el verde.

EL MIRLO *dirigiéndose al gusano:*

—Tú que tienes la vista despejada,

¿quién es ese animal?—Un sér humano

que no está haciendo nada.

—¡Callad (dice LA MUSA) ¡maldicientes!

¡No calumniéis á un hombre de talento

que recorre regiones diferentes

con el raudo volar del pensamiento!

¿Qué no hace nada, ignaro?

(*esto va con el pájaro atrevido*)

¿No sabes que yo amparo

á ese sujeto al parecer dormido,

y que bullen tal vez en su cabeza

concepciones de mágica belleza?

EL POETA (*frotándose los ojos*):

—¿Qué es eso? ¿Quién murmura

en el fresco vergel? ¿Es, por ventura,

el hada que soñaron mis antojos?

EL MIRLO:—No lo entiendo.

LA ORUGA.—Yo tampoco; sin embargo

creo que, con el tiempo, me haré cargo

de que es sublime lo que está diciendo.

LA MUSA:—¡Miserables criaturas!

¿Cómo habéis de entender ese lenguaje,

música celestial de las alturas

vestida con espléndido ropaje?

LA ORUGA (*al pajarraco*).—¿Oyes al hada?

—Me parece que ha dicho una bobada.

EL VATE (*dirigiéndose á la musa*):

—¡Dios te bendiga ¡oh, tú! que desde el cielo

vienes á darme inspiración infusa

para calmar mi anhelo!

Espíritu sin fin y sin principio

que velas en la tumba de mi madre;

escúchame, aunque el pecho te taladre...

EL PÁJARO (*á la oruga*):—Eso es un ripio.

EL POETA (*iracundo*).—¿Quién se atreve

á criticar mis frases? ¿Algún necio

que dominado por la envidia alevé

pretende zaherirme! ¡Le desprecio!

LA MUSA:—No hagas caso de tanto imbécil como sale al paso; anda y dile tus versos á tu amada que no te dirá nada...

EL MIRLO.—Dime, oruga, ¿sabes qué es poesía?
—No sé, porque me paso todo el día sin salir de esta hojita de lechuga.
EL CÉFIRO (al pasar como un cohete):
¿Por qué os metéis en discusión tan grave?
¡Ese que se ha marchado es un zoquete!
¿Qué es poesía, eh? ¡Ni Dios lo sabe!

SINESIO DELGADO.

LA CIENCIA

I
Con el más honesto fin, pero con terca porfía, adoraban á María dos hombres: Blas y Martín, sin que nunca diera el caso, (¡tales sus pasiones eran!) de que por nada cedieran en la sorda lucha un paso. Lo que es á volverse atrás, dejando al rival el puesto, ni estaba Martín dispuesto ni estaba dispuesto Blas. Ambos eran estudiantes de medicina; esperaban mucha gloria, y trabajaban con fe y con vigor constantes; porque pensaban los dos conquistar así á María... nacida un hermoso día de un beso que tiró Dios. Y aquí, como es natural, trajo, entre otras perfecciones, las castas aspiraciones de un mundo más ideal. ¡Siendo tan claro este anhelo, que la tierra abandonó aún muy joven... y murió de la nostalgia de un cielo!...

II
Ignorando el triste fin de la mujer que adoraban, una tarde trabajaban con fervor, Blas y Martín. Y como era la estación de invierno, lluviosa y fría, francamente, estremecía la sala de disección. Reinaba el silencio allí, y era sólo interrumpido por el agudo chirrido del cortante bisturí, ya cuando al rasgar su presa

con un hueso tropezaba, ó ya cuando resbalaba sobre la marmórea mesa. De repente, un hombre entró agobiado bajo el peso de un cadáver...—¡Ahí queda eso!... —dijo sólo... y se marchó. Se acercaron á la vez los míseros estudiantes, y adquirieron sus semblantes amarilla palidez; y con la voz del que al potro está sujeto, por fin:
—¡María!—exclamó Martín.
—¡María!—repitió el otro. Acercóse después Blas, cual si besarla quisiera, y Martín, como una fiera, se interpuso y dijo: ¡Atrás!
—¡Siempre fiel á mi pasión, que no cederé es sencillo!... — Y el otro apretó el cuchillo con horrible crispación.
—¿Te opondrás? ¿y de qué suerte?
—Con constancia decidida...
—¡Blas, que perderás la vida!
—¡Martín, que ganas la muerte!
—¡Es mía!—¡No lo ha de ser!— Si uno no ceja, otro insiste, y disputan sobre el triste cuerpo de aquella mujer. Y cuando ya su furor en hondos gritos se exhala, con lento paso, en la sala entra un sabio profesor. Y—No hay que reñir ya más,— les dice tranquilo;—Al fin, si no hay razón en Martín, tampoco la tiene Blas. Que la ciencia, vive Dios, nunca tal rencor inspire... ¡que uno opere y otro mire... y así estudiaréis los dos!...

LUIS DE ANSORENA.



Tenemos ejemplares encuadernados del album ESPAÑA CÓMICA. ¡Son preciosos, aunque no está bien que los alabemos nosotros! ¡Ah! Se han servido los pedidos, y ya podemos dormir tranquilamente.

A un pez muy avispado y muy ladino y con ciertos ribetes de adivino, que entreabría la boca con cuidado por temor de comer un mal bocado, sin darle la menor explicación, en la espalda clavaronle un arpón.

Esto deja probado de una vez que toda astucia es poca, y que es necio cerrar mucho la boca, pues no siempre por ella muere el pez.

C. GUMÁ.

Según rezan los programas del Teatro de la Comedia, la empresa cuenta con una obra de Eusebio Blasco.

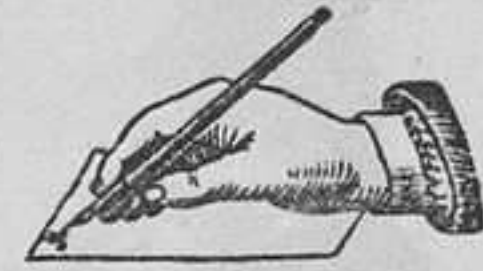
Aquí no cabe otro comentario que el título de un sainete de Sánchez Pastor:
Vivir para ver.

Mañana en el Petit Fornos al dar las ocho te espero, y si te gustan los callos te vas á chupar los dedos.

Libros:

La herencia del diablo ó historia de un crimen (narración contemporánea), preciosa é interesante novelita de D. E. García Alemán. Precio, una peseta.
¡Al agua, patos! pasillo cómico-lírico-marítimo, estrenado con grandioso éxito en el Teatro Felipe. Letra del infatigable Jackson; música del no menos infatigable maestro Rubio.
La educación física de los niños. Peligros de las medicaciones activas en la infancia. Este folleto, recientemente publicado por el Dr. Tolosa Latour, no puede ser más importante, sobre todo en las actuales circunstancias.

Don Marcos, mi vecino, por miedo á emborracharse aguaba el vino, y su esposa Canuta siempre mezclaba orég no á la fruta. Esto puede servir para probaros que hay matrimonios raros.

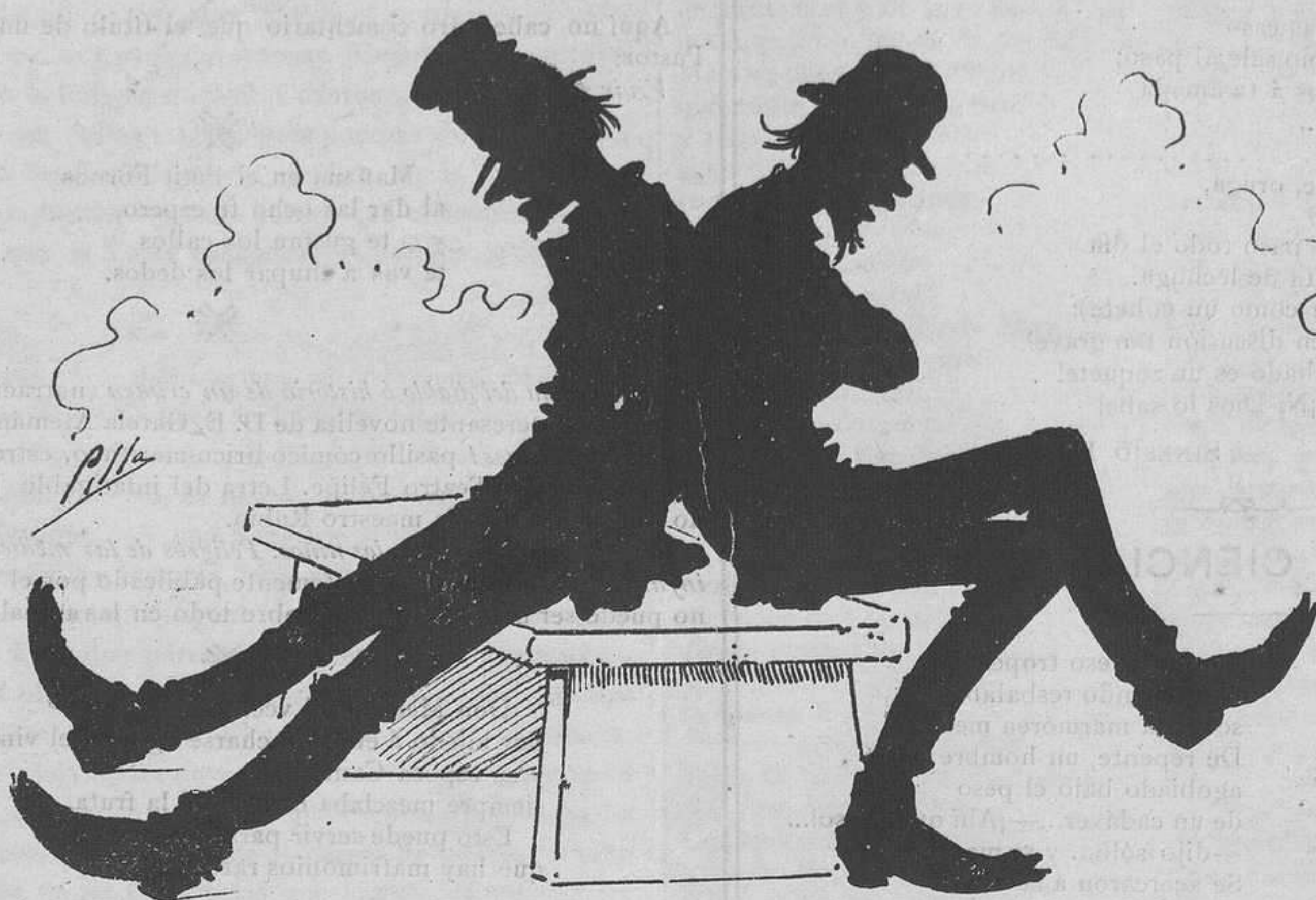


CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. A. F.—Barcelona.—Los sonetos fúnebres, como su propio apellido indica, no encajan en este periódico.
Andanart.—Pues... es... mala. *Corazones y corazones* son demasiado consonantes. ¡El colmo de la consonancia!
Rubiales.—Poca cosa, pero sin gracia. Del mal el menos.
Un principiante.—¡Buen final cómico! El diablo me lleve si se muere nadie de risa con eso.
Sr. D. A. B.—Madrid.—¿Es de usted eso? No es que valga la pena de saberlo, pero...
Sr. D. C. L.—Zaragoza.—Lo que se ha desvanecido, además de la inspiración es la h de ese *uno*, que no se escribe así precisamente.
Chipelín.—Demasiado larga para la importancia del asunto, ¿no le parece á V.? Alguna de las otras saldrá pronto.
Corneta.—Bien hechos los versos. Lo que me llena es la idea madre.
Sr. D. A. P.—Reinosa.—Tiene muchas incorrecciones de forma. La del Sr. D. R. S., á que alude, no entró en turno.
Sr. D. A. A.—Madrid.—Demasiado serios.
Cachucha.—Copiar los versos de Grilo y firmar la poesía parece una tontería ó cosa por el estilo.
El del otro día.—¡Caramba! La forma, que es de V. exclusivamente, es un precioso pou-pourri de incorrecciones.
Sr. D. L. G.—Segovia.—Se me han olvidado las señas de tu domicilio, de modo que aunque quisiera escribirte...
Tomillo.—¡Redemonio! ¡Y qué fuertecito de color es el cuadro esel
Musel.—Como mal, horriblemente mal, no están. Pero me parece que no es cosa de pedir la firma sólo para eso.
Sr. D. M. M.—La Manjoya.—Remitimos el album, 3 pesetas.
Sr. D. R. S.—Sevilla.—Como habrá V. podido ver, no publicamos charadas. Y la de V. ni Dios la adivina.
Un morrón primerizo.—¡Mucha guasa es esa para tragársela sin beber agua, amigo!
Sr. D. M. R.—Cartagena.—Pues muy sencillo; remitiendo el importe de la suscripción en libranza ó sellos. Ya ve usted que la cosa no puede ser más fácil.
Chufa.—¡Eureka! que también en Alcoy hay cada gracioso que parte el alma.
Minutolo.—No puede aprovecharse ni uno solo señor de Minutolo.
¿Que por qué? Porque todos son muy formales.
El Chino Tienk-sink.—La relación es muy pesada. No podía V. encerrar ese asunto en menos versos?
Uno á quien no le gustan los ripios.—Ya se conoce, porque versifica usted con mucha soltura; pero ¡es tan difícil dar novedad á unas coplas dedicadas á la vecina de enfrente!
Roque.—Es usted un bodoque, señor don Roque.
Sr. D. J. L.—Granada.—La primera tiene muchas incorrecciones y es vulgar. La segunda está mejor hecha, pero como es imitación... no vale la *peine*.
Sr. D. J. C.—Barcelona.—Perdón, pero no podemos admitir artículos.
Malasombra.—¡Regastadísimo el chiste!

MADRID, 1888.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934

FILOSOFÍA TRISTE



--Tenía razón el poeta; la vida es sueño.
--Sí; unos ratos sueño y otros hambre...

ANUNCIOS

Lit. Espíritu-Santo, 18. Madrid

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.160

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPAÑÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFES
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de Paris de 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARÍS
Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20.
Sucursal. Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.
PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

Album de 50 cartulinas que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.